

Con aprobación eclesiástica.

LA APARICION
DE
Nuestra Señora de la Altagracia

La Milagrosa Batalla del Santo Cerro
(Tradiciones religiosas).

por

FEDERICO LLAVERIAS.

(21 DE ENERO DE 1928.)

Santo Domingo, R. D.
Imp. de J. R. Vda. García, Sucs.
1928.



Con aprobación eclesiástica.

LA APARICION
DE
Nuestra Señora de la Altagracia

La Milagrosa Batalla del Santo Cerro

(Tradiciones religiosas).

por

FEDERICO LLAVERIAS.

(21 DE ENERO DE 1928.)

Santo Domingo, R. D.
Imp. de J. R. Vda. García, Sucs.
1928.



Aprobamos y bendecimos este opúsculo, que se publica para perpetuar el recuerdo de los dos más grandes sucesos milagrosos ocurridos en la parte española de la isla de Santo Domingo, recuerdo conservado por una respetable tradición.

† ADOLFO A.

Arzobispo de Santo Domingo.

Santo Domingo,
enero de 1928.

AL LECTOR.

Para perpetuar el santo recuerdo de las dos más grandes tradiciones religiosas que tienen los dominicanos; y con el fin, además, de destinar su producido a aumentar los fondos consagrados a la terminación del templo de Nuestra Señora de la Altagracia y a reparar la iglesia del Santo Cerro, se ha dispuesto por el Excmo. y Revdmo. Arzobispo Dr. Adolfo A. Nouel, la publicación de este folleto.

El precio de esta obrita es muy reducido: **veinticinco centavos**; pero se aceptan contribuciones mayores, dado el fin que se persigue, contribuciones que tienen los que suscriben el encargo de recibir.

Dios bendiga los corazones cristianos que saben velar por nuestra Santa Religión!

Pbro. Canónigo, Jacinto E. Ravelo.
Capellán de la Iglesia de la Altagracia.

Altagracia Santiago,
Presidenta de la Sociedad
"Hijas de la Altagracia".



Nuestra Señora de la Altagracia.

LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE LA ALTAGRACIA.

Felices los pueblos que saben conservar sus tradiciones religiosas!

A través de la leyenda sentimental, se purifica el alma devota, i el espíritu se remonta a celestiales alturas en las que sólo imperan el cóndor del amor, el águila del bien.

La religión católica, crisol de sorprendentes maravillas, tiene en Santo Domingo dos tradiciones de tal naturaleza, que deben ser catalogadas entre los hechos positivos o entre las creencias compatibles con la verdad, por la antigüedad de su origen i por la fe con que se han venido robusteciendo día tras día ambas tradiciones.

Como en otros pueblos, la Santísima Madre de Jesús es objeto en Santo Domingo de especial veneración, no sólo porque a la evocación de su augusto nombre de Madre del Salvador surgen los sentimientos más puros de lo más recóndito del corazón, sino porque alrededor de su divina i mirífica existencia, el alma sencilla i pura de la muchedumbre teje el velo de la fe en homenaje a una existencia superior, i la guirnalda de la admiración ante revelaciones que sorprenden i milagros que pasman.

Religión sin milagros casi no es religión. En el milagro se finca la esperanza, que es el mayor alimento espiritual de la fe. Se tiene fe, porque se tiene esperanza.

I en esa fuerza misteriosa del milagro estriba el ascendiente poderoso de la fe cristiana.

De ahí la veneración en Cuba por la virgen de la Caridad; en México por la de Guadalupe; en Colombia por la de Chiquinquirá; en España por la del Pilar; en Francia por la de Lourdes, etc.

I de ahí la especial veneración del pueblo dominicano en favor de la Virgen de la Altagracia, en primer término, i de la Virgen de las Mercedes después.

Hablemos aquí de la primera:

La advocación de la Altagracia no existía en el santoral. Su curiosa aparición en Santo Domingo la consagra como una virgen surjida especialmente para consuelo i protección del pueblo dominicano.

Su origen data del primer siglo de la colonización de la isla Española; i la tradición relata el suceso extraordinario de la aparición, del siguiente modo, exquisitamente bello, sugestivo i sentimental:

Uno de los primeros pobladores de las rejiones del Este de la isla, fundó en los que fueron dominios del cacique Cayacoa, o sea en el cacicazgo de Hicayagua o Higüei, una familia corta: sólo tenía dos hijas. Aunque ambas estaban, para la época de nuestra historia, en la flor de su juventud, en esa edad risueña en que las ilusiones forman el programa de la vida, una era de carácter alegre, amiga del lujo i del placer, tan propicia a la primera estación de la existencia; pero la otra señalábase por su modestia i humildad, i prefería las ocupaciones del hogar i el ejercicio de las prácticas cristianas.

En aquellos primeros tiempos de la colonización, los artículos de comercio no abundaban i menos en los lugares del interior, en los que las poblaciones estaban en tardía formación. El padre tenía una hacienda en los apartados sitios de su residencia; i para obtener los variados efectos de las necesidades domésticas i efectuar la venta de los frutos de su predio, hacía frecuentes viajes a la Capital.

Cada vez que el bondadoso papá realizaba un viaje, menudeaban las caprichosas peticiones de la familia; pero mientras la hija alegre i despreocupada, como un pajarillo de la selva, sólo encargaba trajes, cintas, encajes, adornos, objetos propios para halagar su vanidad de muñeca de tocador, La Niña, como llamaban a la hija sencilla, acaso porque era la más joven, siempre insistía en que sólo anhelaba su *Virgen de la Altágracia*, objeto de su mayor ilusión, de la más constante i hermosa revelación.

La insistencia de La Niña llegó a preocupar al padre cariñoso, al extremo de que dudó por momentos de su sano juicio ante tal obstinación por una cosa meramente imaginativa, pues siempre tomaba el mayor empeño en conseguir, sin lograrlo, el objeto deseado con tantas ansias por su hija.

El bondadoso español indagaba, ofrecía dinero, visitaba a los dignatarios más altos de la Iglesia, en su interés por conseguir lo único que su hija le pedía; pero todo inútilmente, porque nadie conocía la virgen que él solicitaba.

La insistencia de La Niña repetíase en cada viaje con mayores ruegos; i el buen padre, ansioso de satisfacer los reiterados deseos de su hija, tomaba los mayores empeños por conseguir la anhelada virgen. Visitaba con más frecuencia la villa del Ozama (la hoy ciudad de Santo Domingo, la más antigua del Nuevo Mundo); relataba la obsesión de su hija, la vida sencilla, piadosa, cristiana que llevaba, i valíase de cualquier oportunidad que él creía propicia para dar con el objeto que ya para él constituía también una preocupación, porque era la mayor de su hija.

Con motivo de un viaje que para comprar efectos de Navidad hizo a Santo Domingo el padre de La Niña, ésta le reiteró sus ruegos en la siguiente forma que la tradición ha conservado sin variante: “Yo no quiero, padre, mas que mi virgen, como regalo de Navidad; la que veo en todas mis oraciones, con la que sueño todas las noches: la *Virgen de la Altágracia*”. Esta vez redobló el padre sus esfuerzos i por tanto fué mayor su angustia al tener que regresar a sus predios sin la virgen tan insistentemente solicitada.

Fatigado por las penalidades de la ruta, triste por el caso raro de su Niña i por su imposibilidad para complacerla, se detuvo, a la caída del sol, en el paso de Los Dos Ríos, i se sentó sobre una piedra, apenado i caviloso.

En su muda invocación a los poderes divinos para que lo auxiliaran en su empresa, su aturdida imaginación creyó ver pasar la figura de un viejo de luenga i blanca barba, con un rollo en la mano, visión que se desvaneció tan pronto como trató de ir a su encuentro en solicitud de ayuda.

Pensando el buen padre, sin duda, en que el reposo de la noche le daría algún alivio a su cuerpo i a su espíritu, resolvió pernoctar en un bohío de los alrededores, donde encontró la franca hospitalidad que, desde los tiempos de la colonización, es fama se consigue en cualquier rústica vivienda del campesino dominicano.

En una fogata colocada en el centro de la choza, cocían los sencillos campesinos las viandas que constituían (como ocurre todavía) su principal alimento, como eran los productos de sus siembras: batata, yuca, plátano, ñame, auyama, yautía etc.; i allí, en unión de aquellos sencillos moradores, narraba el viajero las penalidades del viaje, el mal estado de los caminos, la distancia que lo separaba de su hogar, los regalos que llevaba a su familia i, especialmente, el pesar que embargaba su espíritu, al no poder llevar el único encargo que, una vez más, le había hecho su hija menor, por consistir en una imagen que no existía: **Nuestra Señora de la Alta-gracia.**

Apenas acababa de pronunciar este sagrado nombre cuando hizo su entrada por la puerta inmediata, con un pergamino enrollado i apoyándose en una vara, a manera de báculo de Moisés, el mismo anciano venerable que momentos antes había creído ver su calenturienta imaginación en el paso de Los Dos Ríos, quien le dijo: "Lleva esto a tu hija", entregándole el rollo que tenía en la mano i pidiendo permiso para descansar.

Sin saberlo, el desilusionado viajero tenía en las manos la felicidad de su hija, que era su propia felicidad.

Se retiró el viajero a descansar para reanudar temprano el viaje; i cuando, muy de mañanita, fué a despedirse del anciano i tal vez a inquirir algún informe relacionado con el rollo que le entregó para su hija, el anciano había desaparecido.

Llena de angustia el alma, el viajero emprendió de nuevo la marcha, después de un largo mes de ausencia que le pareció un año, pues sabido es que el tiempo se multiplica cuando se sufre un pesar.

Cerca de la casa, las hijas, como de costumbre, salieron a su encuentro; i ya juntos, bajo un frondoso naranjo, mudo testigo de una semi-celestial escena, el padre entregó a La Niña el rollo que le dió el anciano. Al desenvolverlo, La Niña, trémula de gozo, con visible alegría, ahogada por la emoción, anegada del agua bendita de sus lágrimas, de hinojos ante la radiante plasticidad de su sueño, besó varias veces el rostro de la Inmaculada i dijo ahogada por la emoción: "Padre, esta es la Virgen de la Alta-gracia. ¿Ya ves como pareció?"

Animada por vivísimos colores: azul, blanco i rojo, se destacaba la dulcísima imagen de María, inclinada la cabeza, en actitud de orar; juntas las manos, en amorosa contemplación del Niño Jesús, que estaba en pañales, alumbrado por un cirio que en la penumbra del establo sostenía San José, e iluminado por el fulgor de una estrella que, de lo Alto, rendía su tributo de luz divina al Redentor del Mundo.

(Esos colores fueron más tarde los de la bandera dominicana).

El poema del más puro amor tenía en aquel sitio i en aquel instante su más bella expresión. Surgía a la realidad el producto de una misteriosa revelación, para constituir el símbolo del mayor amor i el objeto de la más grande devoción de todo un pueblo.

Escena semejante no podía pasar inadvertida para los vecinos del poblado, quienes, conocedores de todos los antecedentes, se reunieron en torno de La Niña a contemplar la desconocida imagen, que La Niña hizo colocar en las ramas del naranjo para que todos la pudieran ver i contemplar, por

lo que fué ese el primer sitio en el cual se veneró la Virgen de la Altagracia.

Desde entonces es grande i sincero el culto que se le rinde, por el pueblo dominicano, a la virgen mencionada. Tan grande i sincero es ese culto, que desde el 24 de noviembre de 1924, el Congreso declaró día de fiesta nacional el 21 de enero, fecha destinada por la iglesia a la veneración de la sagrada Imagen; i por el Breve *Perfect ad nos* de Su Santidad el Papa Pío XI de fecha 31 de octubre de 1927, se ha elevado a fiesta de ambos preceptos el 21 de enero.

Acrocientan este fervor los numerosos milagros por ella realizados, milagros verdaderos, visibles, públicos, comprobados, recientes muchos de ellos, como el caso del Sr. Elio Contín, ocurrido en Hato Mayor del Rei el 20 de agosto de 1922 cuando devolvían, ya coronada, la venerada Imagen, a su santuario de Higüey, caso de los más sorprendentes, pues recobró su salud, a la vista de todos, al implorar de ella le curara la parálisis que sufría hacía diez y ocho meses; como el de la señorita Evanjelina Lara Solano, de Ciudad Nueva (Santo Domingo) calle Padre Billini número 126, quien sufría de la misma enfermedad de parálisis i fué curada el día de la coronación de la virgen, al cabo de las tres horas que estuvo sentada en una silla pidiendo la gracia divina; como el de la señora María Sánchez del Castillo, residente en Barahona i accidentalmente en la capital con motivo de la coronación, parecido al de los casos mencionados; el de la niña Ramona T. Payano, residente en la carretera del Oeste, km. 6, quien sufría de la terrible epidemia de viruelas, i al estar desahuciada por los médicos, su madre, Altagracia Miranda viuda Payano, invocó la misericordia de la virgen en esta forma: "Virgen de la Altagracia, sálvame a mi hija!", obteniendo una rápida i rara reacción i pronta curación; el de la niña ciega vividora en la colonia número 2 del injenio Cristóbal Colón en San Pedro de Macorís, la que recobró su vista al pasar la virgen por allí de regreso, ya coronada, a su Santuario de Higüey, según relación publicada en el periódico *Listín Diario* del 24 de agosto de 1922; el de Fermín Zamora, veci-

no del barrio Duarte, Santo Domingo, internado hacía siete meses i 25 días en el Hospital Padre Billini, quien sufría de la enfermedad llamada **corea** (baile de San Vito) quien asegura vió la virgen en su cuarto en los días de la coronación, por lo que resolvió ir a la iglesia a oír misa, durante la cual se bañó en llanto sin darse cuenta, i cuando cesaron las lágrimas pudo caminar bien, cesando al mismo tiempo los temblores i la flojedad que lo hacían inválido; i como muchos otros milagros, que por ser antiguos i no estar tan evidentemente comprobados para las jeneraciones presentes, como los indicados, no se citan.

El amor i la devoción del pueblo dominicano a su Virgen de la **Altagracia**, la realidad de sus importantes milagros etc., indujeron a Su Santidad el Papa Benedicto XV a acoger, con grata complacencia, la solicitud de nuestro amado Prelado Dr. Adolfo A. Nouel para la **Canónica Coronación** de la virgen, obteniéndose así su reconocimiento oficial i universal, acto que se verificó en el **Baluarto 27 de febrero**, cuna de la libertad de la República, con inusitada pompa i gran esplendor, en la ciudad de Santo Domingo, el 15 de agosto del año 1922, bajo la prelación de Su Santidad Pío XI, felizmente reinante, quien nombró una distinguida Delegación Apostólica compuesta por Monseñor Sebastián Leites de Vasconcellos, Arzobispo de Damietta etc.; Monseñor Benedetto G. Virili, Auditor de la Arquidiócesis de Santo Domingo, i el Comm. Giovanni Campa, Caballero de Capa i Espada de Su Santidad.

Benditos sean los designios inescrutables de la Providencia!

Bendita sea la relijión católica, que es la mayor necesidad del espíritu humano i su más grande consuelo!

Bendita sea la milagrosa **Virgen de la Altagracia**, Soberana i Protectora del Pueblo Dominicano, bálsamo de todas sus heridas i consuelo de todas sus aflicciones!



Nuestra Señora de las Mercedes.

LA MILAGROSA BATALLA DEL SANTO CERRO.

La otra hermosa tradición que han conservado los dominicanos con interés i amor, porque el hecho a que se refiere contribuyó a afianzar la obra de la cristianización de América, es la siguiente:

Era el valeroso cacique **Caonabo**, a quien temían i respetaban todos los demás caciques e indios por sus continuas victorias sobre ellos, el mayor enemigo que tenían los conquistadores en la isla **Española**.

Desde la destrucción del **Fuerte de la Navidad**, a raíz del primer viaje de regreso a España del Almirante Cristóbal Colón, para dar cuenta a los Reyes Católicos de sus descubrimientos, no había cesado el jefe indio en sus hostilidades contra los españoles, causando constante inquietud al Almirante su valor, su prestigio i su audacia.

El Almirante sabía que el agreste i orgulloso cacique celebraba continuas juntas i hacía frecuentes llamamientos a los suyos, para hostilizar, hasta vencer, a los conquistadores, a quienes odiaba de muerte, por el peligro que se cernía sobre su patria i por la amenaza que veía en ellos para su influencia i poderío en la isla.

Ante el obstáculo, cada vez mayor, que constituía la li-

bre existencia de Caonabo, resolvió el Almirante destruir sus planes, adelantándose a atacarlo, sabedor de que el cacique se preparaba, con mayor contingente i decisión, a combatirlo una vez más.

En consecuencia, dispuso salir de La Isabela (la primera ciudad española edificada en América, actualmente en ruinas, en la hoy Provincia de Puerto Plata) con una fuerza compuesta de doscientos hombres de a pie, veinte de a caballo i numerosos perros, acompañados del cacique Guacanagari, amigo de los españoles (aunque con miras más bien de provecho personal) i algunos de sus indios.

No encontró el Almirante, después de algunas jornadas, ninguna fuerza enemiga en su camino, i resolvió acampar en dos cerros, que consideró posiciones estratégicas, para en caso de que lo atacaran en gran número. Dividió sus fuerzas en dos alas confiando una a su hermano Don Barolomé, hombre intrépido, sereno ante el peligro, muy entendido en asuntos de marina, i reservando la otra para sí.

Preparando estaban las fuerzas españolas el palenque necesario a su defensa, en cuyo centro hizo el Almirante colocar una cruz formada con las ramas de un níspero que había por allí, cuando divisaron en lontananza una extraordinaria cantidad de indios, tan numerosa, que algunos autores la han apreciado en cien mil, i otros que reducen esta cantidad, no la consideran menor de treinta mil.

Sorprendido quedó el Almirante, no sólo de la fuerza considerable que se le presentaba, sino de la decisión de los indios que tan resueltamente venían en su persecución.

Los indios, mandados por el cacique Maniocatex, venían llenos de ardor, por la llamura de La Vega, cuyo horizonte nublaban (tal era el número), con el estrépito ensordecedor que acostumbraban emplear en sus lances de guerra; i atacaron con tal ímpetu, que desalojaron las fuerzas españolas de sus posiciones, obligándolas a retirarse al otro cerro.

Desde allí presenciaron los conquistadores las acometidas que dieron los indios a la cruz plantada por el Almirante,

con el propósito de destruirla, sin que pudieran lograrlo. A la vista de ese hecho sorprendente, el Almirante, inflamado el espíritu por la llama ardiente de la fé, resolvió acometerlos con ardor, logrando rechazarlos i ocasionándoles numerosas pérdidas.

No fué óbice esta derrota para que los indios volvieran a la carga i la posición fuera discutida una i otra vez; hasta que, acercándose la noche, resolvió el Almirante retirarse al otro cerro a fin de deliberar sobre la aflictiva situación, con los demás jefes i las personas capaces que lo acompañaban.

Mientras tanto, observaban los españoles el infructuoso empeño de los indios en destruir la cruz, ora haciendo al pie de ella trozos de leña, a los que daban fuego, ora tirando a derrumbarla con bejuco de los más gruesos de los montes, o ya intentando cortarla con sus hachas de piedra. La cruz, siempre enhiesta, resistía todos estos embates, como resiste, siempre firme, la religión católica, los embates de la torpe incredulidad.

Fantástico i sorprendente era aquel cuadro! Los indios, perfiados, mostraban un empeño encarnizado en destruir la enseña de Cristo, que no cedía a la acción del hacha ni del fuego; la grito de aquellos salvajes ensordecía el espacio; las numerosas hogueras iluminaban, con resplandores siniestros, tanto la altura tenebrosa como la dilatada extensión del llano.

Reunidos en Junta los jefes españoles para resolver sobre las apremiantes circunstancias del momento, cada cual opinaba con entera libertad, a la luz de aquellas llamas que, en presencia de la cruz, parecían proclamar, para el espíritu cristiano, en su lenguaje de fuego, las excelencias de los principios religiosos que se comenzaban a regar por el amplio solar del mundo americano.

Según unos, la retirada, a más de ser perjudicial prueba de debilidad, podía dar lugar a una peligrosa persecución de los indios; otros consideraban que acometer a un enemigo

tan numeroso parecía una temeridad con tan escaso contingente disminuido por los enfermos i heridos; i los más pensaban que permanecer atrincherados en el cerro en que estaban era contar con una muerte segura por no haber víveres para un largo sitio.

En tan indeciso i crítico momento, se puso en pie Frai Juan Infante, religioso de la Orden de la Merced i confesor del Almirante, i con énfasis dijo:

“Yo, señores, soi de parecer, que ni huyamos ni nos estemos quietos, sino que acometamos a nuestros enemigos hasta deshacerlos i desbaratarlos, que aunque terribles por muchos, al fin son indios i cobardes, i nosotros, aunque pocos, somos católicos i españoles. Más han de poder los que siguen los estandartes de Jesucristo que los que son miserables esclavos del demonio. Dios nos está señalando el triunfo con repetición de milagros, como se ha visto en las tres veces que han puesto fuego a la Santa Cruz los indios, conservándose verde i lozana entre las llamas del incendio. La cruz triunfa del fuego, i triunfarán los seguidores de ella en estas conquistas. Vivirá Jesús i se cantará la victoria por el Redentor. Lo que importa es implorar el auxilio de Nuestra Señora de la Merced cuya imagen nos ha consolado i favorecido hasta aquí. Encomendémonos a ella, i al amanecer tocar el arma, apretando los puños, que la madre de Dios está con nosotros”.

I el espíritu español, dispuesto siempre a la acción, necesitado sólo de la chispa que encienda la pólvora de su amor propio i de su concepto del honor, se manifestó en toda su grandeza, siendo necesario que la injénita prudencia del Almirante calmara los ánimos i pidiera el aplacamiento de tanta exaltación aduciendo que estaba cercano el momento de demostrar el valor que se quería poner a prueba en aquel instante, ya que al día siguiente se daría la batalla.

Disponía el Almirante la conveniente vijilancia por unos i el necesario reposo para los más, en víspera de grandes luchas, cuando, según refiere el Padre Infante, “observó, co-

mo a las nueve de la noche, una luz desconocida i suave que rodeaba la Cruz, cuyo resplandor dejaba percibir sobre el brazo derecho de ella una hermosísima señora, vestida de blanco, con un tierno niño en sus brazos, en donde estuvo por más de cuatro horas, saludada por los españoles con oraciones i con lágrimas, porque entendieron que era María Santísima de las Mercedes, que los venía a consolar i animar en su aflicción." Añade el referido padre que "los indios que la miraban empezaron a tirarle flechas i varas; pero que retrocediendo éstas perdieron muchos la vida; i que los españoles, a vista de tan patentes prodigios, esperaban con ansia el día para desalojarlos i destruirlos".

Animados de tal modo, al despuntar el alba bajó el Almirante con toda su jente a encontrarse con los indios que estaban entre el otro cerro i la llanura en disposición de resistir, i los atacó en orden de batalla por varios lugares a la vez, con tal ímpetu, que los indios, sorprendidos, retrocedieron en el primer instante. Aprovechó el Almirante la confusión que habían sembrado sus huestes en las filas enemigas para redoblar el ataque, haciendo uso incesante de la artillería, que era un arma muy temida de los indios. Las descargas de ballestas i arcabuces hacían estragos, completando el cuadro de espanto i desolación para los naturales, las lanzadas, las descargas de las espingardas i la furia de los perros, azuzados en una como ebriedad de rabia i de acometimiento que dominaba a hombres i animales.

Una vez más la calidad vencía al número, la ciencia a la ignorancia, la fé católica a la incredulidad pagana.

La confusión fué tal entre los indios, que con sus propias flechas se hacían considerable daño.

Conociendo el Almirante el terror que tenían los naturales de la isla a los de a caballo, por considerarlos semi-dioses formados de un solo cuerpo, aprovechó aquella confusión para precipitar la escasa caballería en varias direcciones, logrando su propósito de tal modo, que el pánico se apoderó de los indios, los cuales huyeron en bandadas por toda la llanura.

Era natural que los españoles atribuyeran su resonante victoria a la interposición de un milagro realizado por la virgen que horas antes había infundido la confianza, por lo que, reunidos, dieron gracias a la Santísima Virgen de las Mercedes, fuente principal de la victoria que afianzó el poderío de los conquistadores, pues los indios quedaron tan escarmentados que daban por seguro el poder sobrenatural que suponían a sus vencedores.

Existe todavía, reverenciado por los peregrinos, el hoyo en donde estuvo la cruz. Tierra de este hoyo llevaron al cuello, en pequeñas cantidades, durante mucho tiempo, los denodados conquistadores.

El madero de que se componía la cruz fué dividido, desde los primeros años, en varios trozos, para distribuirlos entre las iglesias de la isla. El principal fragmento se conserva en la Catedral de Santo Domingo, en relicario de oro i plata colocado en el Altar Mayor, con el nombre de Santa Reliquia.

Hai en el Santo Cerro, en el histórico lugar indicado, una iglesia, construida en conmemoración de la milagrosa batalla aquí narrada. Hoy está atendida por monjitas mercedarias, que mantienen allí una escuela i atienden a los peregrinos que van en constante romería a rendir su tributo de admiración i amor cristianos.

La Virgen de las Mercedes fué declarada más tarde Patrona de la República, i el pueblo dominicano sigue recibiendo sus bendiciones, en justa recompensa a su gran amor a Dios i a la firmeza de sus convicciones religiosas.